

OLIVARES GUILLEM, Andrés. *Las priscilianistas. Las mujeres que siguieron a Prisciliano*. Noia (A Coruña): Editorial Toxosoutos, 2021, 609 pp. [ISBN: 978 84 123922 3 4].

Los temas historiográficos, la mayoría de ellos, suelen tener un comportamiento cíclico, emergen durante unos años, ofrecen sus posibilidades, son afrontados desde perspectivas diversas y, súbitamente, desaparecen de las publicaciones periódicas, de las novedades, o durante un periodo más o menos largo son apenas pinceladas que quedan como anécdotas en un mar de olvido. Descansan a la espera de renacer, bien a la luz de nueva información o ante la necesidad epistemológica de revisar los acontecidos a la luz de las lecturas cambiantes de las generaciones. De alguna manera, el priscilianismo parece haberse mostrado inmune a esa lógica periódica y desde finales del siglo XIX, incluso antes de la publicación de los opúsculos atribuidos al mismo Prisciliano, ha sido objeto de una atención permanente que se intensificó a partir de la publicación de la monografía de Henry Chadwick (*Priscillian of Avila. The Occult and Charismatic in the Early Church*, Oxford, 1976) y de la cual el volumen que ahora comentamos constituye el último capítulo, por el momento. De hecho, un aporte significativo del trabajo de Andrés Olivares lo constituye un detallado repaso del estado de la investigación, con especial atención a las tres últimas décadas, el cual, de alguna manera, condiciona la misma estructura, a ratos poco convencional, del volumen. Debe anotarse que este estado de la cuestión es una actualización de un trabajo previo que el autor

ya publicó en 2004 (*Prisciliano a través del tiempo. Historia de los estudios sobre el priscilianismo*).

En cualquier caso, ese trabajo de índole historiográfica no altera el objetivo declarado en el título, y luego perfectamente definido en la larga introducción (pp. 15-60), de analizar el particular protagonismo femenino en el entorno de los seguidores de Prisciliano, atendiendo tanto a las propias tradiciones cristianas como al contexto geopolítico, finales del siglo IV-inicios siglo V, en que se desarrolla. El estudio del estado de la cuestión, como acabamos de anotar, atiende especialmente a los autores más recientes, desgranado la obra de Escribano, Veronese, Sánchez, Barahona Simões, Ventura, Fernández Conde, Martín Giudice, Conti, Crespo Losada, Pérez Prieto, Núñez García, Freire Camaliel, Piay Augusto, a los que habría que añadir su propia obra. A grandes rasgos se estudian 20 grandes trabajos monográficos entre los años 2000 y 2019, encuadrándolos en las dos grandes líneas de investigación que han marcado este periodo (pp. 99-142). En primer lugar, el análisis intrínseco de los textos, donde ha primado una línea de exégesis y de exploración del pensamiento de Prisciliano. A ella se suma el estudio del contexto, esencialmente jurídico, que ayuda a entender el significado de las acciones antipriscilianistas. Una segunda gran línea de investigación ha insistido en el estudio de la historiografía, la arqueología, que ha explorado recientemente los contextos materiales, y la prosopografía.

Pero el libro entra verdaderamente en la materia declarada en el título cuando se indaga en los estudios que han abordado el priscilianismo desde

una perspectiva de género (pp. 143-186), en lo que considera una «nueva tendencia epistemológica». Es importante señalar que con anterioridad al año 1995 «las priscilianistas» apenas habían sido objeto de una pequeña atención por parte de Babut (1909), Ramos Loscertales (1952) y Van Dam (1985). Es en ese año cuando Virginia Burrus (*The Making of a Heretic. Gender, Authority, and the Priscillianist Controversy*, Berkeley, 1995) introduce la idea del «género» en su análisis de la actitud de Prisciliano ante las mujeres y en la valoración del papel que estas desempeñan en el movimiento priscilianista. Burrus no considera que su trabajo sea una apología del feminismo, aunque sí acepta que fue su ideología feminista la que condicionó la elección del tema. Andrés Olivares considera que sin la contribución inicial de Burrus sería difícil concebir esta línea de investigación dentro de los estudios priscilianistas. Corriente de estudio que, más allá de la ideología de género, anota el autor, se ha centrado en ponderar el papel de la mujer en el priscilianismo (Mar Marcos, Todd Breufogle, Rosa Mentxaka, M.<sup>a</sup> Teresa Escariz, Joyce E. Salisbury...).

Aunque la argumentación puede dar lugar a controversia, el autor quiere estudiar a las mujeres que siguieron a Prisciliano y el papel que estas desempeñaron en el priscilianismo esquivando en la medida de lo posible las connotaciones reivindicativas que los «estudios de género» parecen implicar. Aunque más adelante (p. 455) insistirá en la importancia de la perspectiva de género a la hora de estudiar el priscilianismo. Para abordarlo, Olivares Guillem realiza un cuidadoso repaso de los antecedentes evangélicos y

patrísticos que ayudan a entender que la reivindicación del papel de la mujer en la Iglesia, y en la vida religiosa cotidiana de los cristianos, llevada a cabo por Prisciliano se fundamentaba en la esencia misma de las primeras comunidades y en autores como Tertuliano, Cipriano de Cartago, Ambrosio y especialmente Orígenes, donde planteamientos igualitarios sobre el papel del hombre y la mujer no son extraños. Para Prisciliano, anota el autor, los modelos que deben seguir las mujeres están directamente relacionados con las prácticas ascéticas más habituales, lo que incluye dar prioridad al estado virginal sobre el matrimonio, donde son indudables influencias de un encratismo moderado que, por otro lado, era muy habitual entre los autores cristianos del periodo. Para el obispo de Ávila tanto mujeres como hombres son portadores del espíritu. Es verdad que los textos donde el protagonismo femenino en la vida comunitaria cristiana es destacado especialmente son en muchos casos apócrifos, pero esto no implica en sí mismo un signo herético; estos textos revelan en muchos casos probablemente una realidad más genuina que la de los depurados textos canónicos donde es indudable que se ha impuesto una férrea misoginia que ha relegado el papel protagonista de las mujeres. Las seguidoras de Prisciliano participan, por lo tanto, de un lugar común en la literatura apócrifa, el de las mujeres que siguen a su maestro en la fe. El problema es que, de manera creciente, ese deseo femenino de participar activamente en la vida de las comunidades y en las actividades litúrgicas fue interpretado, así lo manifiesta Jerónimo en relación a Prisciliano, como una muestra de la

—malévola— influencia de los herejías en la débil voluntad femenina.

A partir de la página 277 el libro se dedica de manera directa y exhaustiva al estudio de las priscilianistas, desde Agape, la mujer que habría instruido como maestra a Prisciliano, de la que el autor —siguiendo a Babut— no descarta que sea una creación literaria, a aquellas que lo acompañaban en su actividad, a las que tanto Sulpicio Severo como Jerónimo califican de *mulierculae* (Gala, Urbica, Eucrocia y su hija Prócula, o la hija de Tiberiano, cuyo nombre no se desvela), sin olvidar a una serie de figuras cuyo carácter priscilianista depende del valor interpretativo que se dé a sus acciones o a la fuente que nos transmite la información. No hay ninguna duda sobre la Severa Tarraconense y otras mujeres de su familia conocidas por la epístola 11 de Consencio, pero resulta más difícil afirmarlo en relación a la viajera Egeria, a la asceta Helia o a las dos mujeres anónimas de sendas epístolas del corpus de Baquiaro, aunque el autor siguiendo a su primer editor (Morin) prefiere atribuírselas a un Ps-Jerónimo, contra los criterios de estilo alegados por José Carlos Martín-Iglesias, su editor más reciente.

Como el autor anota en los dos capítulos finales («Epílogo» y «Conclusiones»), el estudio de las mujeres priscilianistas merece una atención destacada en el devenir del priscilianismo, porque su destacado protagonismo probablemente incidió en la acerba reacción de la Iglesia oficial contra el movimiento esencialmente ascético, pero también antijerárquico, que Prisciliano representaba. Contra su movimiento se alzó la fuerza de una tradición misógina que desde el siglo II

(Ireneo de Lyon) se ha impuesto sobre cualquier pretensión rupturista contra la ideología patriarcal dominante. El estudio particular de las mujeres vinculadas a Prisciliano, o de aquellas ascetas que sin poder asegurar que participasen de sus enseñanzas se mueven en un universo próximo, evidencia hasta qué punto Sulpicio Severo y Jerónimo muestran un panorama conscientemente distorsionado. Lo que los mencionados autores presentaban como una caterva de mujeres manipulables evidencia ser un selecto grupo de matronas, solteras o viudas en su mayoría, procedentes de familias aristocráticas, con un alto nivel sociocultural y dotadas de una indudable capacidad de criterio. De hecho, sus biografías —insistimos en que solo una parte de las estudiadas se enmarcan inequívocamente en el priscilianismo— son coherentes con el pensamiento acreditado por los textos atribuidos a Prisciliano, quien, como ya hemos anotado, reconoció a la mujer la capacidad para leer los textos sagrados, pero también para interpretarlos y predicar la palabra de Dios. Para la Iglesia oficial el deseo femenino de conocimiento era un error que podía asimilar a las mujeres con Eva, cuya curiosidad y avidez de conocimiento la llevaron al pecado.

Consideramos, a manera de recapitulación, que el libro de Andrés Olivares Guillem es una contribución realmente importante al conocimiento del priscilianismo, pero también, de una manera general, al papel relegado que las mujeres tuvieron en el cristianismo primitivo, especialmente tras la conversión del Imperio y su implantación como religión oficial y garante de la ideología patriarcal dominante. Si alguna objeción puede anotarse quizás

la más evidente está asociada con la estructura del volumen, de alguna manera el afán sistemático ha dado como resultado cierto caos. Por ejemplo, una parte de la bibliografía aparece en la práctica por triplicado, una primera vez al analizar el estado de la cuestión, una segunda cuando en un apéndice bibliográfico se ordenan cronológicamente los trabajos anteriores a 2000, los que desde esa fecha llegan a la actualidad y los realizados desde una perspectiva de género. Apéndices útiles, pero que nos hacen pensar si es necesario entonces volver a recoger toda la bibliografía al final del volumen. Y podríamos decir lo mismo sobre el apéndice prosopográfico (pp. 515-558), donde se recogen las 29 mujeres priscilianistas o que pudieran ser de alguna manera vinculadas con el priscilianismo, donde,

independientemente de su utilidad a la hora de hacer una consulta, se repite la información ya abordada en los capítulos dedicados a todas ellas en el cuerpo del volumen; incluso, cada ficha recoge una bibliografía específica, en lo que constituye una «cuarta» reiteración de una parte de la misma. Es evidente que el autor ha pretendido aportarlo todo, pero eso ha multiplicado páginas que podrían haberse evitado. Esta valoración sobre el aspecto formal en ningún caso desmerece una obra novedosa y que constituye una valiosa contribución al insondable «affaire priscillianiste», como lo definió Aline Rouselle en un artículo de 1981.

Pablo C. Díaz  
*Universidad de Salamanca*  
pcdiaz@usal.es